

RETIRO DE 1821

Meditación 18, sobre el espíritu del Instituto

Introducción

Durante los primeros años de vida de la Compañía de María, Guillermo José Chaminade reunía en otoño a los religiosos, a los candidatos y a algunos asociados íntimos para un retiro que dirigía él mismo. Los apuntes tomados por los que hacían el retiro nos han transmitido puntos de vista muy esclarecedores sobre el espíritu de la fundación y sobre las relaciones entre el Fundador y los primeros marianistas.

El Retiro de 1821 tuvo lugar del 15 al 23 de Octubre. Su **meditación 18**, sobre el espíritu del Instituto, es **uno de los documentos más primitivos que resumen nuestros rasgos característicos**, insistiendo sobre el vínculo que existe entre el espíritu interior, María y el impulso apostólico de la Compañía. Bajo muchos aspectos, esta breve meditación es un preludio de la extensa carta del 24 de Agosto de 1839 a los predicadores de retiros, que se considera la presentación clásica del espíritu marianista.

El texto está sacado de un cuaderno, habitualmente llamado “manuscrito de Burdeos”, que perteneció a uno de los participantes, cuya identidad desconocemos. También se le suele llamar, por el color de sus pastas, “cuaderno rojo”.

Nota: En los comienzos de las fundaciones marianistas, el título “Instituto de María” abarcaba a las dos congregaciones religiosas, ya que tanto las “Hijas e María”, como la “Compañía de María”, se consideraban ramas de un mismo tronco carismático, de un mismo espíritu fundacional: el “Instituto de María”.

El texto de la Meditación 18

Habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace gritar: “Abba, Padre” (Rom 8,15).

Punto 1º: ¿Cuál es el espíritu especial del Instituto de María?

Punto 2º: ¿Cuáles son los medios más apropiados para adquirir ese espíritu y para seguir el modelo propuesto?

Punto 3º: ¿Qué frutos, en el orden de la religión, se pueden esperar de él sin exageración y con una discreta previsión?

Cuando los israelitas se veían expuestos a algún peligro, gritaban: “¡Señor, Señor!”, porque ponían en él su esperanza. Jesucristo nos ha enseñado que cuando queramos obtener alguna cosa, no tenemos más que decir: *Padre nuestro que estás en el cielo*. Los hijos de María gritan: ¡*María nuestra, madre nuestra!* Y su esperanza no será frustrada, porque han puesto su confianza en Ella, que ha sido dotada de gran poder.

Aunque **todas las órdenes religiosas tienen un espíritu que les es común**, sin embargo, **cada una tiene un espíritu que les es propio**. Este espíritu propio es efecto de la inspiración divina y ha sido apropiado, de alguna manera, a las circunstancias y a las necesidades de cada siglo. ¡Cuántas reflexiones serias brotan aquí para el Instituto de María!

Estamos firmemente persuadidos de que Dios mismo ha suscitado la fundación del Instituto de María. Pero si consideramos en qué tiempo lo ha suscitado y qué fin quiere que se proponga en este tiempo, descubriremos perspectivas muy grandes. Echemos una mirada sobre este siglo: ¡Dios santo! ¡Qué espantosas tinieblas, qué terrible depravación, qué desoladora indiferencia por la salvación! En los siglos precedentes, la corrupción sólo se había introducido en el corazón, pero hoy la mente y el corazón están igualmente gangrenados. Y el mal de la mente es incomparablemente más dañoso e incurable que el del corazón. En esta situación, en este tiempo de desolación, y cuando la generación que acaba de nacer y las que la seguirán se ven amenazadas de ser devoradas por la irreligión y la impiedad. **Dios funda el Instituto de María y le da el espíritu que le conviene: el espíritu interior.** Dios nos llama no solo a santificarnos, sino a reavivar la fe en Francia, en Europa, y en el mundo entero, a preservar a la generación presente del error. ¡Qué gran empresa! ¡Qué noble! ¡Qué santa! ¡Qué generosa! ¡Qué fascinadora para un alma que pone todo su empeño en la gloria de Dios y en la salvación de sus semejantes! Dios nos ha escogido, entre tantos otros, para esta empresa.

El espíritu de los hijos de María es un espíritu interior. En esa comunidad, el religioso hace de su alma un templo para el Señor. En él levanta un altar, sobre el que le hace el sacrificio de su voluntad. Nunca pierde de vista la presencia de Dios, y con él conversa dulce y familiarmente, pues Dios ha establecido en él su morada. También hace de su corazón un santuario a María, la capilla de la que se elevan las fervientes oraciones que le dirige. También invoca a san José y recurre a él en sus penas. El espíritu del Instituto es el espíritu de María, esto lo explica todo. Si sois hijos de María, imitad a María.

Lo esencial es, pues, formar en nosotros el espíritu interior. Pero, ¿por qué medios? Por tres. El primero será formarnos **según los rasgos de Jesucristo.** El segundo, **formarnos en las virtudes, por el ejemplo de la augusta María.** El tercero, **formarnos con las reglas del Instituto de María, es decir, en los consejos evangélicos.** Conviene examinar a menudo la excelencia y la obligación de los compromisos contraídos, las bienaventuranzas, los misterios de la Santísima Virgen, distinguiendo en ellos las virtudes más apropiadas al Instituto, como su humildad, su fe, su pobreza, su discreción. Hay que esforzarse por comprender bien y practicar los cinco silencios, el recogimiento, la obediencia, el espíritu de mortificación. Hace falta, en una palabra, trabajar de tal modo que, al llegar al término de nuestra vida, podamos decir como Jesucristo: Todo está consumado.

Los frutos que sacaremos de nuestra fidelidad serán el consuelo de ser los colaboradores de los designios de Dios. El Instituto de María es obra de Dios. Si nosotros, que somos su núcleo, no estamos animados por su espíritu, arruinaremos la obra de Dios y seremos los responsables. Si somos fieles, María misma nos presentará a su adorable Hijo.

FIN DE LOS APUNTES DE LA MEDITACIÓN 18